

ESTE PERIODICO
se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. ftes.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE

LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTAS.



EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

LOS DEFENSORES

DE LA

INTEGRIDAD NACIONAL.

Se nos ha dicho que al hablar en el núm. 51 de nuestro periódico de la accion de Las Tunas incurrimos en un error de detalle, y procuraremos rectificarlo otro dia. Ese error de detalle no disminuye en nada la importancia militar y política de aquel glorioso hecho de armas en que estamos seguros de que tuvo una muy principal parte el bravo Comandante Sr. Boniche, cuyo retrato honra hoy la moruna Galería, y de quien hablaremos mas detenidamente al hacer la rectificacion que dejamos indicada.

LA REDACCION.

POR QUE SE ECHARON EN LOS BRAZOS DE ORFEO.

Todo el mundo sabe aquello de una persona tan redicha como ignorante que, confundiendo á Morfeo, dios del sueño, con Orfeo, famoso poeta de Trácia, y queriendo decir que se habia dormido, dijo que habia caido en los brazos de Orfeo, y como álguien observase que á este nombre, para ser el del dios del sueño, le faltaba una *M.*—Tiene V. razon, dijo la persona culti-latiniparla; caí en los brazos de Orfeo.

Ahora bien, lectores, á mí se me ha puesto en la cabeza que los franceses cayeron en los brazos de Orfeo, cuando en 1851 se arrojaron en los de Luis Bonaparte. Y, ¿por qué se echaron en los brazos de Orfeo?

GALERIA DEL MORO MUZA.



SR. CORONEL D. ENRIQUE BONICHE.

¿Estaban cansados del papel. unas veces simpático y otras siniestro, pero siempre importante, que representaban en el teatro del mundo moderno? ¿Les corría prisa el suicidio, ó su sociedad, gastada por los vicios, habia llegado á la decrepitud que en pos de sí lleva la dissolution ó la muerte?

Dificil es averiguar esto; pero está probado, con los ejemplos de Roma y de Francia, que las naciones tienen su Parca como las personas, siendo la Parca de las naciones ese compuesto de la felonía y de la farsa, de la arbitrariedad y del perjurio; esa escandalosa negacion de toda delicadeza, de todo principio y de todo derecho; en una palabra, ese maquiavelismo en accion, porque el maquiavelismo existió antes que Maquiavelo, ese monstruo inmoral y repugnante que lleva el nombre de cesarismo.

Lo cierto es que, cuando los franceses se echaron en los brazos de Orfeo, toda persona sensata pronosticó lo que está pasando en el dia, ya porque creyese que la Providencia no puede menos de castigar á un pueblo que, en el hecho de doblar la cerviz ante un desfachatado usurpador de la autoridad suprema, muestra estimarse en poco, ya por haber comprendido que eso que se nombra *cesarismo* tiene la mision infernal de hacer con las naciones lo que la cruel Atropos hace con las personas, esto es, cortar el hilo de su existencia.

Debieron, pues, los franceses

echarse en los brazos de *Orfemo* porque había sonado la hora de su decadencia; pero eso no lo sabían ellos, que alguna razón, si quiera fuese engañosa, tendrían para ir á refugiarse en Escila por huir de Caribdis. ¿Por qué, repito se arrojaron en los brazos de *Orfemo*?

Porque *Orfemo* era sobrino de Napoleón el Grande.

¿Y qué? ¿Basta que un hombre sea sobrino de una notabilidad, para esperar de él grandes cosas? ¿No fueron Calígula y Cómodo, el primero hijo del bondadoso Germánico y el segundo hijo del magnánimo Marco Aurelio? ¿No han demostrado los descendientes de Carlo Magno la degeneración de las familias, muchos siglos antes de esas batallas de Woerth y de Wiesenburgo, en las cuales, como un periódico ha observado, han brillado por su ausencia los ocho ó nueve príncipes que llevan el apellido de Bonaparte?

Pero, suponiendo que las virtudes de un hombre fuesen comunes á toda su parentela, ¿qué hizo el tío del sobrino, para que con tan poca reflexión se echasen los franceses en los brazos de *Orfemo*, por el solo hecho de ser este sobrino de su tío? Voy á decirlo, amados lectores.

Napoleón Bonaparte fué un hombre de extraordinario talento militar, que pudo hacer mucho bien á su patria; pero que, devorado por una ambición loca, y careciendo absolutamente de eso que se llama conciencia, pospuso el bien de su nación al de su persona, y se hizo dueño del coto, destruyendo la Constitución de su país el 18 de brumario del año VIII de la república, ó sea el 9 de Noviembre de 1799.

Pero, se me dirá, algo debería la nación al hombre que contaba con bastante fuerza material y moral para tamaño desafiador, y á eso contestaré yo, que la nación francesa le debía glorias y reveses; porque, si bien es cierto que aquel distinguido guerrero había ganado algunas batallas en Italia y en Egipto, también lo es que vió su escuadra destruida por la de Nelson en Abukir, y sufrió un terrible descalabro en el sitio de San Juan de Acre.

Sin embargo, le ayudaba la fortuna, para mal de su patria, y así, nadie pensó en sus desaciertos cuando se le autojó titularse primer cónsul, después de lo cual pasó por segunda vez á Italia, donde, con la gran victoria de Marengo, acabó de ponerse las botas.

Mirándolo bien, aquella fué la mayor de las humanas injusticias; porque en Marengo hizo Bonaparte todo lo posible por perder la batalla, y no pudo conseguirlo, gracias al general Desaix, que, desobedeciendo sus órdenes, llegó á salvarle, cuando ya casi estaba prisionero, y á convertir en triunfo la derrota. Murió Desaix en los últimos tiros de la batalla, que se ganó por su indisciplina, y de resultas de la victoria de Marengo, que se debía á Desaix, fué Napoleón proclamado emperador de los franceses.

Entonces el hombre que se había puesto las botas perdió los estribos, que es lo que le sucede á todo el que se ve excesivamente lisonjeado por la mas caprichosa de las deidades, y dijo, como Luis XIV: «El Estado soy Yo.» Miró como cosa suya la sangre y el dinero de los franceses, y se dedicó á prodigar la una y el otro para regalar tronos á sus parientes mas cercanos.

El que hace un cesto hace ciento, si le dan mimbres y tiempo, dice un dagio, y efectivamente, Napoleón, no reparando ya en lo enramas ó menos, concibió dos de las mas gordas que podían ocurrírsele, siendo una

de ellas el bloquear á los ingleses, que le bloquearon constantemente á él, no dejando salir de sus puertos un buque que no fuese apresado, lo que dió al traste con el comercio francés por entonces, y fué la otra inmensa locura el proyecto de la conquista de España.

Todo bicho viviente sabe cuán villana fué la conducta que observó el Corso con su noble aliado el rey de España; el pretexto infame y los medios rateros de que se valió, tanto para llevar la familia real á Bayona, cuanto para ir tomando posesión de las plazas fuertes y de las ciudades de importancia; los crueles asesinatos que Murat, su lugarteniente, cometió en Madrid, cuando llegó el momento de arrojar la traidora creta; la guerra nacional que siguió á estos crímenes, y en la cual, de quinientos mil invasores, se cree que mas de cuatrocientos mil quedaron sepultados en la Península, lo que no fué una ganga para la nación francesa, y como todo el mundo lo sabe, no quiero repetirlo, bastando á mi propósito consignar el hecho de lo poquísimo que ganó Francia con que á Napoleón se le antojase obsequiar á su hermano José con un espléndido trono, que por cierto no se había hecho para los Bonapartes.

Eso sí, mientras las águilas francesas morían el polvo ante Bailén, Zaragoza y otros puntos de España, los soldados del imperio conseguían tales laureles en los campos de Ratisbona y de Wagram, que Francia hubiera podido ensanchar grandemente sus fronteras; pero Napoleón, que solo pensaba en sí mismo, importándole un pepino la Francia, redujo casi las ventajas que tanta sangre habían costado á los franceses á la satisfacción que quiso darse de contraer matrimonio con la hija del emperador de Austria, para que no se dijera vanidad pueril que no estaba emparentado con los monarcas de derecho divino. Verdad era que, siendo casado Napoleón, había un grave inconveniente para llevar á cabo el indicado enlace; pero cuando un Bonaparte se ha detenido en pequeñeces? Napoleón se divorció de Josefina, mujer excelente, que en algo había contribuido á su elevación, y á fuer de restaurador de la religión y de la moral, se casó, siendo casado, con la hija de un emperador de vieja estofa; de modo que Francia no ganó nada en el trato, y la decencia quedó altamente resentida; pero la ridícula vanidad del hombre que todo lo sacrificaba á sus propias satisfacciones se vió plenamente satisfecha.

Después emprendió Napoleón la campaña de Rusia, y los hieles y el plomo acabaron con el mas formidable ejército que en los tiempos modernos se había visto. Sin embargo, todavía los franceses tuvieron victorias brillantes, como la de Dresde, que fueron seguidas de derrotas crueles como la de Leipsick, siendo el resultado que Francia se vió al fin invadida por los extranjeros, sin que recibiera el autor de tales desastres mas castigo que el de irse á ser soberano de la pequeña isla de Elba.

Pronto faltó á la palabra que había empeñado de no salir de aquella isla, porque para los Bonapartes no hay palabras de honor ni juramentos obligatorios, y así lo manifestaron los aliados reunidos en Viena, cuando pusieron á precio la cabeza del Corso y se negaron á tratar con él, diciendo «que nadie debía fiarse de sus palabras.» El hombre se escapó, conquistó de nuevo el poder con la ayuda de insignes traidores, juntó soldados, dió la batalla de Waterlóo, y lo demas..... iba á decir que no valía la pena de contarse, pero me arrepiento. Sí, porque digno de contarse es que, al morir en Santa Elena ese hombre que todo lo quiso para sí,

no reparando en los medios para llegar á sus fines, tuvo el descaro de pronunciar palabras como estas: «Decid que mis intenciones eran puras, y que quise el bien, el orden y la justicia, como quise rejuvenecer la sociedad, reprimiendo el despotismo, desenmascarando la impostura y castigando la iniquidad,» palabras que me recuerdan estas otras que escribió, poco antes de ser fusilado, el verdugo de Madrid llamado Murat: «Muero inocente: mi vida no se contaminó nunca con ninguna injusticia.....!!!»

¡Vayan ustedes, después de esto, á creer en las palabras de todos los moribundos!

Pero al hecho. Si Napoleón tuvo gran talento militar, ¿en qué lo empleó, sino en oprimir y arruinar á su patria? Los grandes conquistadores, por otra parte, son los que hacen grandes y durables conquistas con pocos elementos. Alejandro salió de Macedonia con treinta y cinco mil guerreros á formar el imperio mas vasto que conoció el mundo antiguo, y Hernán Cortés ganó con poco mas de quinientos hombres el inmenso imperio de Moctezuma, todo esto sin apelar á medios inmorales. ¿Qué sacó Napoleón con cerca de tres millones de soldados que durante su reinado vino á concederle la Francia, y habiendo con tanta frecuencia recurrido á las armas innobles de la perfidia?

Sacó el dejar la Francia mas reducida que la había encontrado; sacó la pérdida de cuarenta y tres navíos, ochenta y dos fragatas, veinte y seis corbetas y cincuenta bergantines de guerra, avalorado todo en dos mil millones de francos; sacó el ver á los ejércitos extranjeros dos veces acuartelados en París, siendo últimamente gobernador de dicha capital un general prusiano; sacó el dejar las fronteras y muchas plazas de Francia en poder de los citados extranjeros, á quienes la nación, por él empobrecida, tuvo que pagar una indemnización de setecientos mil millones de francos, y, en fin, sacó lo que dice César Cantu en estas breves palabras: «Así, por culpa de Napoleón, se vió Francia humillada por la osadía de sus enemigos, privada de su dignidad en el exterior y de su seguridad en el interior.....»

He aquí, lectores, los méritos contraídos por Napoleón el Grande, y en atención á los cuales se echaron los franceses el año 1851 en los brazos de *Orfemo*.

Ahora, nadie negará lo que ha dicho un escritor contemporáneo, y es que *Orfemo* dista mucho, en todos conceptos, de valer tanto como su tío.

EL MORO MUZA.

LOS CELOS.

No hace muchos días que me hallaba yo por la noche en casa de una señora que tiene dos hijas encantadoras.

La mayor, llamada María, cuenta diez y seis años, y es perfectamente bella, y, además un ángel de bondad y de dulzura.

La segunda, nombrada Isabel, es mucho menos bonita, y su aspecto es constantemente triste y desapacible.

La madre prefiere á la mayor, y, fuerza es confesarlo, hay muchas personas que la prefieren también.

La noche de que voy hablando, me fijé con mas atención que de costumbre, en la expresión del semblante de Isabel, y hallé en ella alguna cosa de ácre, de amargo y triste.

—¿Qué tiene? le pregunté á su madre, mostrándole á la pálida niña, que muda é inmóvil permanecía en un rincón.

—Tiene celos de su hermana Isabel, me respondió.

—¡Celos! repetí; eso no puede ser; los celos solo son hijos del amor: si estas dos niñas tuvieran otra edad y amaran al mismo hombre, podría decirse que Isabel tenía celos de María. ¡Así es imposible!

—¿Acaso los celos solo pueden nacer del amor?

—Solo: no habiendo amor no hay celos; así, lo que Isabel siente es envidia.

—¿No es la misma cosa?

—No, señora: en los celos hay cierta nobleza y cierta abnegación; en la envidia todo es pequeño y miserable; pero la envidia puede curarse, y la curación de los celos es muy difícil, si no imposible.

II.

Entre las mil torturas que afligen á la mujer, que martirizan su corazón, que amargan su vida, hay algunas que ella misma se inventa por la actividad de su fogosa imaginación, por la extremada debilidad de su espíritu, ó por efecto de su educación descuidada.

Dos de los mas amargos dolores que se crea, son la envidia y los celos.

Los celos, dando emponzoñado y forjado por el infierno.

La envidia, sierpe venenosa que roe el corazón de que se posesiona, hasta dejarlo vacío como un sepulcro.

La envidia nace de la pequeñez del alma; los celos de la gran sensibilidad del corazón.

Suele vituperarse á una persona que tiene celos; pero se la compadece siempre.

Una persona envidiosa solamente inspira desprecio, y todo lo que en su favor alcanza, es una lástima desdeñosa.

Los celos engendran el odio; pero en cuanto el celoso es feliz, compadece á la persona sobre la cual ha triunfado.

La envidia no conoce la compasión; el envidioso quisiera que el mundo entero fuese desgraciado, para reunir él todas las riquezas y todas las prosperidades.

Los celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazón.

Si causa dolor el que la persona que los inspira sea bella, rica, y esté dotada de relevantes cualidades, es tan solo porque estas ventajas conquistan el amor que el infeliz que los siente quisiera para sí.

Los celos ambicionan amor.

De todo lo demás ni siquiera se acuerdan.

III.

Deplorable cosa es que los celos debiliten el ánimo y quiten la facultad de reflexionar; porque á no ser así, las desdichadas heridas de esa pasión podrían conjurar el mal, en vez de acrecentarlo, entregándose á los extremos de un violento dolor.

Oid las que sufráis ese tormento el consejo de una amiga vuestra; no os quejéis demasiado, no hagáis del llanto vuestra ocupación continua, no deis al mundo el espectáculo de vuestra pena; ocultadla, si os es posible, porque vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es probable que os ganen de nuevo el corazón que hayáis perdido.

No intentéis tampoco vengaros, aconsejadas de vuestro despecho, pagando desvío con desvío é infidelidad con infidelidad; entonces perderíais también lo único que puede servir de consuelo; perderíais la paz de la conciencia y el derecho de levantar la frente limpia de toda mancha.

Una suave y digna resignación, una conducta irreprochable y decorosa, una firmeza noble é igual en los modales, y una prudente reserva en la vida íntima, quizá nos devuelvan el sitio que es nuestro en los corazones que hemos perdido.

Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de réplicas; no seamos ni víctimas ni verdugos, porque es tan degradante y tan odioso lo uno como lo otro.

IV.

Mujeres conozco que han atormentado de tal suerte á sus maridos, con celos infundados, que aquellos tenían por la mayor de las desgracias el quedarse solos con ellas: las mujeres de que os hablo les contaban los minutos que estaban fuera de casa, y el dinero que gastaban; les impedían cumplir en sociedad con los deberes de buena educación; les pedían cuenta de todas sus acciones, de todos sus pensamientos, y cuando los sabían les regañaban sin cesar.

Los maridos así asediados, no tardan en engañar á sus mujeres.

Les ocultan que han ido al café, como si esto fuera un pecado mortal.

Si han ido al teatro, les dicen que han estado acompañando á un amigo enfermo; y poco á poco dejan de amarlas, y el hastío mas profundo se apodera de su vida; hasta que hallan una mujer amable, graciosa, coqueta, que les seduce con un carácter completamente opuesto al tiránico de sus esposas.

El hombre ha nacido libre, y libre debe vivir. Conquistad el corazón de vuestros esposos, no con la virtud ceñuda, sino con la virtud dulce, con la bondad, con la coquetería.

Hacedles agradable su casa, y amable vuestro trato sed sus amigas, partid sus alegrías, consolad sus tristezas, endulzad sus dolores, cuidad sus enfermedades, procurad que nada les falte en las comodidades del hogar, velad por los intereses de la casa, que son los de ambos; haceos, en fin, necesarias á su dicha, y dejadlos libres, completamente libres.

No les preguntéis á dónde han ido, que ellos mismos os lo dirán.

No les preguntéis el dinero que han gastado, que les humillais, y las heridas del amor propio son las que nenos han de perdonaros.

El hombre es el jefe natural de la familia y el dueño de su casa; para impedir sus extravíos, no tenéis mas medio lícito que imperar en su corazón.

Y si os ofenden, sed templadas y generosas.

No rechaceis con dureza al que os ofendió, cuando os dé alguna muestra de arrepentimiento, por ligera que sea; no os vengueis de él cuando la sociedad le arroje lleno de amarguras y decepciones.

Vosotras, dichosas criaturas que estais escudadas y protegidas con un amor tierno y profundo, no le perdais por vuestra imprudencia é impremeditación.

No pidais al hombre mas de lo que puede concederos; no queráis violentar sus gustos, sus sentimientos, sus inclinaciones.

Respetadle al mismo tiempo que le améis; pero sabed haceros precisas á su bienestar, á su dicha, á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

M. DEL P. SINES DE MARCO.

AL SR. D. MIGUEL DE ALDAMA.

EXPRESION DE GRATITUD POR LAS CUATRO MIL ARMAS QUE NOS HA REGALADO, JUNTAMENTE CON EL BUQUE SALVADOR.

Don Miguel: cuando el Upton famoso
Que Cisneros mandó, varios miles
De flamantes, de hermosos fusiles
Trajo á Cuba, la que es Siempre Fiel;
Yo pensé, si señor, que era justo
Celebrar aquel rasgo estupendo,
Y cumplí mis deberes diciendo:
«¡Muchas gracias, Señor Don Miguel!»

Para armar muchos hombres tuvimos,
Preparando al mambi malos ratos,
Con aquellos fusiles baratos
Que nos trajo el citado bajel.
Y al tomar los baratos fusiles,
Que mandarnos quisisteis atento,
Todo el mundo gritaba contento:
«¡Muchas gracias, Señor Don Miguel!»

Pero os dije que mas batallones
En otoño de Iberia vendrían,
Y por si ellos armarse debían
Al tomar en la Habana cuartel;
Si mas armas mandabais á Cuba,
Yo que dado no soy á falacias,
Exclamar ofrecí: «¡muchas gracias!»
«¡Muchas gracias, Señor Don Miguel!»

Vos, mi súplica, fino, escuchando,
Que fundada, sin duda, juzgasteis,
Mas fusiles mandar ordenasteis,
Sosteniendo de tonto el papel.
Vais probando que sois el de siempre,
Mari-rotó, cuan torpe enemigo,
Y aunque ya os tengo lástima, digo:
«¡Muchas gracias, Señor Don Miguel!»

Llegó ya el Salvador, felizmente;
Felizmente ese buque cogimos,
Felizmente también recibimos
Cuanto armas mandábais en él.
Ahora bien, D. Miguel, pues de ingratos,
La ruin fama ganar no queremos,
Es muy justo que á coro gritemos:
«¡Muchas gracias, Sr. D. Miguel!»

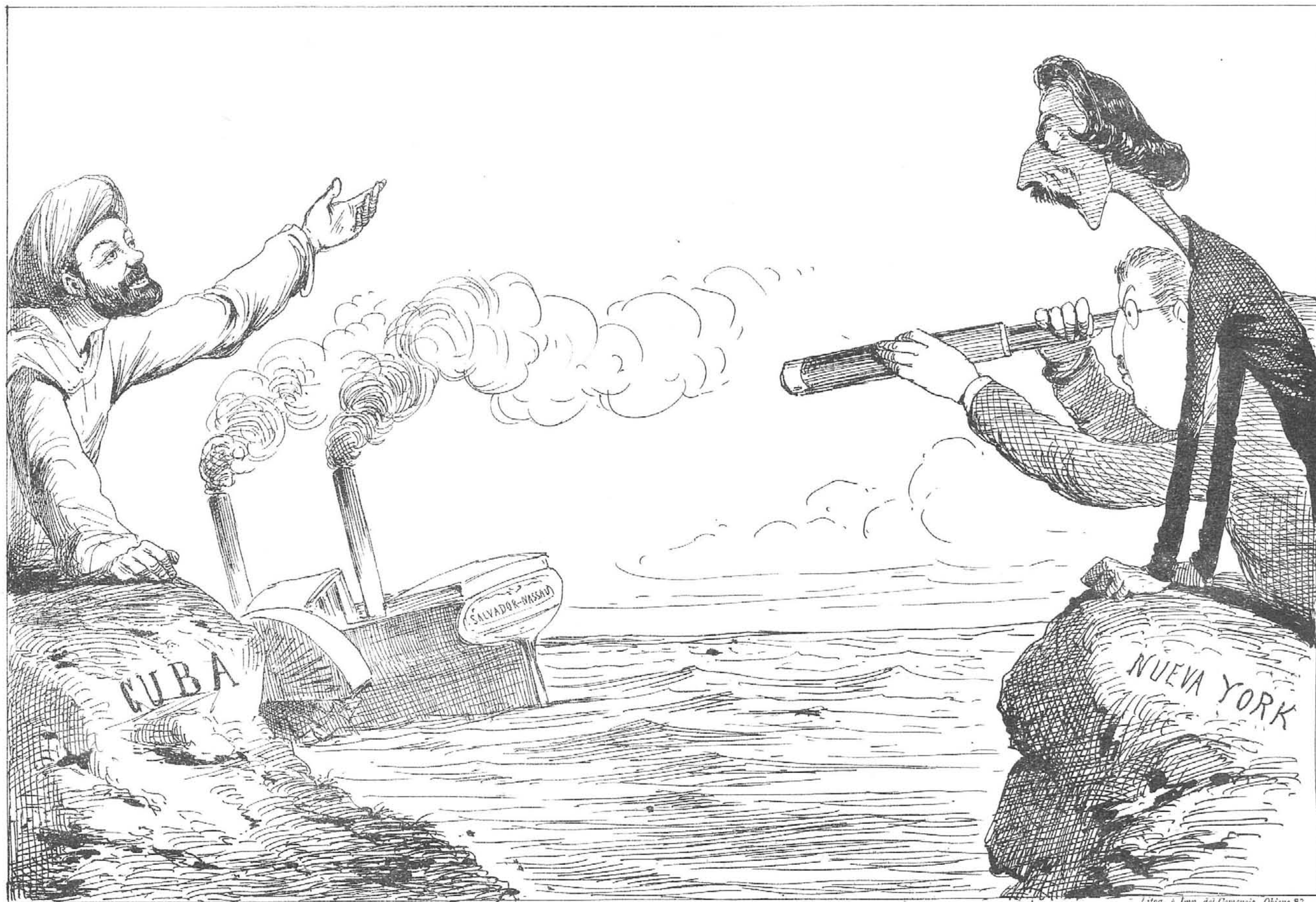
Si, llegó el Salvador, y su vista
Nos causó tan tremendo coraje,
Que hasta á nado se dió el abordaje,
Desmintiendo al bribon Pimentel. (1)
Y pues armas y buque tenemos,
Con razon todo el mundo aquí clama:
«Aunque estólido sois, pobre Aldama,
¡Muchas gracias Sr. D. Miguel!»

Cuatro mil españoles los mares
Cruzan ya, ciudadanos bríosos,
Que de bárbaros latro-facciosos
Limpiarán el cubano vergel.
Y á vos gracias, tan buenos soldados
Armamento hallarán nuevécito;
Conque así, ¡muchas gracias! repito,
«¡Muchas gracias, Sr. D. Miguel!»

Mas tras esos soldados valientes,
Otros nueve ó diez mil vendrán pronto.
Seguid, pues, D. Miguel, siendo tonto,
Y mandad armamento á granel.
Si, seguid armamento mandando,
Que nosotros lo iremos cogiendo,
Y con júbilo siempre diciendo:
«¡Muchas gracias, señor D. Miguel!»

EL MORO MUZA.

(1) Ese Pimentel es el firmante de aquella ridícula carta en que se decía que, al parecer, los españoles habían tomado miedo á los piratas.



EL MORO MUZA.—Eh! Sr. Don Miguel! el *Salvador* llegó con toda felicidad. Los muchachos han recibido los fusiles; pero nos faltan diez mil mas para los que llegan de España. Mándelos V. cuanto antes.

Litog. e Imp. del Comercio, Obispo 87



La rumba montañesa.



Regalo de la comision asturiana á la redaccion del *Moro Muza* en pñento de alianza de moros y cristianos contra mambises

MAÑANAS DE LA GRANJA.

(CONTINUACION.)

Meditación 3ª, en la que se da en tierra con algunas preocupaciones, y se dejan otras muchas en pie.

A un poeta se le antojó comparar el vellón del cordero con el ampo de la nieve; á otro se le ocurrió presentar á Aquiles como tipo del valor; un fabulista consideró las veletas como modelos de inconstancia; un filósofo calificó de vicio la ociosidad.

Y desde entónces, no hay novela, poesía ó comedia en que falte, en una descripción de un sitio campestre, un rebaño mas blanco que una pella de algodón; no hay libro en que deje de presentarse á Aquiles como el héroe de los héroes; no hay persona que no aplique el epíteto de veleta al hombre inconstante; no hay moralista que se crea dispensado de declamar contra la ociosidad.

Todo esto sucede, porque es mucho mas fácil copiar lo que otro ha escrito, y repetir lo que otro ha dicho, que examinar las cosas por sí mismo.

Una ligera excursión por la provincia de Segovia, poblada de magníficos rebaños, ha bastado para convencerme de que, si bien los corderos poseen, sobre todo asados, inestimables cualidades, no pueden aspirar con justicia á que se les califique de blancos ó nevados.

En primer lugar, hay muchísimos completamente negros.

En segundo, los que no visten riguroso luto, no pueden considerarse como blancos, mientras no pasen por la colada, porque oscurecen su lana los siguientes objetos:

Una enorme marca roja ó negra, que es la del ganadero; una cantidad incalculable de polvo, con que se saturan al cruzar el camino; una infinidad de yerbas y espinas que se les adhieren fuertemente, y sobre todo, un número indecible de pequeñas bolitas de color oscuro que se resisten á todo análisis literario.

Así es que, por mi parte, protesto no usar, en las muchas y buenas obras que, andando el tiempo, escribiré, del epíteto de blanco aplicado á un cordero, sin advertir por nota que el cuadrúpedo en cuestion ha sufrido una completa legía, que ponga á cubierto de todo ataque mi probidad literaria.

Mas fácil aun es desvanecer la preocupación que reina con respecto al valor indomable de Aquiles.

Segun Homero y todos los innumerables autores que han venido plagiándole, el héroe griego era invulnerable, excepto por el talon; de modo que las armas de sus contrarios, lejos de hacer mella en su cuerpo, se mellaban en él, al par que las suyas rajaban á los troyanos de arriba á abajo.

Nadie se ha fijado en esta circunstancia que, á pesar del talento del padre de la epopeya, convierte cada combate de Aquiles en un asesinato aleroso y repugnante.

Por una contradicción inexplicable, los mismos que califican de héroe al invulnerable Aquiles, apellidan cobarde al que en un duelo se sirve de una espada que tiene media pulgada mas que la de su adversario.

Y sin embargo, el valor del guerrero de la *Iliada* es solo comparable al de aquel que, al abrigo de una almena, fusila á su adversario á campo raso.

Tan solo en la fuga podía dar Aquiles algun indicio de valor.

Esto no es una paradoja; porque, naturalmente, solo en la fuga habia de enseñar sus talones al enemigo, y solo en los talones podía este hincarle el diente.

Véase, pues, como el gran batallador de

Grecia, lejos de ser el tipo del heroísmo, es el modelo mas acabado de la cobardía, crueldad y perfidia.

Pasemos á las veletas.

Me propongo rehabilitarlas.

Viento es, segun el Diccionario de la Lengua, el aire agitado.

La veleta gira á impulso del viento.

Si este sopla del Norte, la veleta marca el Norte; si del Mediodia, señala el Sur, y cualquiera direccion que él tome, ella le sigue infaliblemente.

Aun en el caso en que el viento se revuelve en torbellino, la sensible veleta gira sobre sí misma y hace rechinar dolorosamente sus goznes.

¿Puede darse mayor y mas completo modelo de constancia?

Por mi parte, desearia que, si alguno de mis lectores se viese arrastrado y envuelto en el récio aquilon de la desgracia, la compañera de su vida le siguiese con la misma constancia con que, en ocasion semejante, la veleta que desde mis balcones contemplo vuela la cara al Septentrion.

VELISLA.

(Continuad.)

UNA DE TANTAS.

Era de noche, y sin embargo llovía. Las doce acababan de sonar en un reló, aunque no sabemos cual. El sereno no las cantó, porque se habria guarecido en el rincon de algun portal, ó tal vez estaria consolando á alguna vecina de aquel barrio, que tendria miedo á la lluvia. ¡Hay vecinas tan asustadizas! Yo conocí una; viuda por mas señas, que siempre que llovía, se acordaba del difunto, y le entraba un miedo atroz. Nunca pude averiguar qué analogía tendria su marido con un chubasco; pero lo que sí sé es que tuve que consolarla algunas veces durante un aguacero. ¡Padece tanto de los nervios la pobre!...

Pero nada de esto nos importa. Necesitamos saber otras cosas mas, y las sabremos: vamos allá.

Continúa el aguacero. El balcón de un piso principal está abierto, y hay luz en la sala. Un hombre jóven y bien parecido se pasea precipitadamente por ella. A veces se detiene; á veces cierra los puños, otras, levanta las manos al cielo, y luego las dirige á la calle en señal de amenaza. Parece loco, ó debe estar enamorado; que es lo mismo. Entre la locura y el amor no hay el canto de un pliego de papel de diferencia.

—Niño, preguntaba un maestro de gramática á su discípulo, ¿qué tiempo es amar?

—Tiempo perdido, contestaba el chico, muy satisfecho.

Pero esto no hace al caso, adelante:

Dejad que ruede la bola,
Porque el amor es mi centro,
Y lo malo que le encuentro
Es tenerse á una sola.

Mientras he estado componiendo esta rondilla, inspirado por el amor, aquel hombre se ha lanzado á la calle; pero no voyan ustedes á creer que lo haya hecho por el balcón; nada de eso, lo ha hecho por la escalera, y bien despacito para no hacerse daño. Si lo que tiene es amor, parece que no le ha entrado muy fuerte. Atraviesa la calle, la sigue hácia la derecha; dobla una esquina, entra en otra calle, y se detiene al lado de una reja. Por supuesto que todo esto lo hace cayéndose el aguacero encima y empapándole los tuétanos.

Ahora sí que no me queda la menor duda de que está enamorado. Lo que hace indica que sus sentidos no están cabales. De los

cinco han emigrado lo menos cuatro y medio, y han ido á fijar su residencia en la atmósfera de encantos que circunda á su adorado tormento. Sí, así es; porque cuando uno está enamorado dicen que todos sus sentidos y potencias los tiene puestos en el objeto de su amor.

Y con ello está probado
Lo que yo siempre he sabido,
Que el que se halla enamorado
Se halla falto de sentido.

Tambien ahora se han aprovechado de que yo estaba componiendo este cuarteto, y han abierto la reja, presentándose en ella una cara..... pero ¡qué cara! y un talle..... pero ¡qué talle!

Yo soy un poco corto de vista. Y de génio tambien, sea dicho de paso, y sin ofender á nadie; pero en tratándose de mujeres, tengo ojos de linco. En cuanto al génio, lo tengo bueno y no hay mas que decir.

Pues señor, el caso es que la tal criatura no tiene desperdicio.

—Emilia mía! dijo aquel que la esperaba, estrechándole una mano.

—Pedro de mi corazón! contestó ella con amoroso acento.

—Una cosa se me ocurre. No parece una ridiculez el llamarse Pedro, teniendo amores con una Emilia? ¡Pedro! ¡qué nombre tan prosaico! Cualquiera se llama Pedro. Francamente, si yo me llamara Pedro y me amara una Emilia, haria por llamarme de otro modo cuando fuera á verla, porque Emilia y Pedro son dos nombres que no guardan armonía, que no están en consonancia. Son dos nombres que se repelen mutuamente. Un Pedro debe tener por novia una Tomasa, una Ruperta, ó cosa por el estilo, así como á una Emilia le pega mejor un Enrique, un Eduardo &c. &c.

—Virgen Santísima, lo que estoy diciendo! ¡Y yo que me llamo Juan! Ayúdenme ustedes á sentir. Para mí deben estar vedadas las Emilias, las Amalias..... Yo necesito una Manuela, una Petra ó una Robustiana. Son los nombres que mas se armonizan con el mio.

Así, á la mujer querida
Siempre llevo con temor,
Porque fui toda mi vida
Un Juan Lanas en amor.

Continúan Emilia y Pedro en amoroso coloquio. Los dos corazones se hallan á un mismo grado de calor.

Por la esquina mas próxima se oyen pisadas. Emilia se despidió de prisa de Pedro, y le deja mojándose y con un palmo de narices. El que se acerca, se detiene cuando vé un bulto al lado de la reja, que él tal vez viene buscando, aunque yo no aseguraré que sea sola la reja lo que busque. Por fin los dos hablan y se aproximan. Barrunto que va á haber palos. Pero no, barrunto mal. Lo que hay son dos exclamaciones de sorpresa y gozo al mismo tiempo.

—¡Pedro! exclama el que llega.

—¡Juan! contesta el que ya habia llegado.

Ya pareció aquello. Aquí tenemos dos nombres que parecen haberse hecho el uno para el otro. Un Pedro y un Juan pueden muy bien ser el hazme reir de cualquiera porque de seguro que han de ser muy bonachones.

—¿Cuándo has venido? dijo Pedro.

—Hace dos horas, contestó Juan.

—¿Y á dónde vas? volvió á decir Pedro.

—¡Ay amigo mio! volvió á contestar Juan.

—¿Por qué suspiras, Juan? dijo Pedro.

—¿Por qué he de suspirar Pedro? dijo Juan. Tengo amor.

—Yo tambien, dijo Pedro.

—Pero ahora que reflexiono, dijo Juan; ¿cómo te encuentras aquí á estas horas?

—Por lo que he dicho; porque tambien amo.

—¿A quién?

—A la que vive aquí.

—¿A Emilia?

—La misma.

—¡Ah, ingrata!

—¿Qué dices?

—Que es mi prometida.

—¿Tu prometida?

—Sí.

—Dí, infeliz, ¿qué te ha prometido?

—¡Tómala su mano.

—¡Fementida.....!

Y por poco se echan á llorar aquel Juan y aquel Pedro. Y sus corazones estaban mas tempestuosos que la noche.

Por fin resuelven que Juan haga la señal por la cual le conoce Emilia, y que Pedro permanezca escondido tras de la reja inmediata. Así sucede; se hace la señal, y la linda Emilia aparece nuevamente.

—¿Eres tú, mi querido Juan? ¿cuánto gusto tengo en verte!

—Ídolo mio, ¿cuánto te quiero!

A Pedro se lo estaban llevando setecientas legiones de demonios. Siguió un rato el amoroso coloquio y por fin se retiraron los dos amantes.

Pedro y Juan se contemplan un rato en silencio y..... lanzan una carcajada.

Vamos; está bien, veo que Juan no es tan Juan como yo lo suponía, y que Pedro es ménos Pedro de lo que creí al principio. Este rasgo hace traición á sus nombres. Veremos si los resultados corresponden á las esperanzas que esto me hace concebir.

Hablan un rato y asidos del brazo se marchan á dormir, y creo que lo consignan.

Al día siguiente, cuando tratan de tomar una determinacion, y no saben cual, leen en un periódico que el martes próximo contrae matrimonio la Señorita de..... con D. Carlos de.....

Pedro y Juan se miran un momento.

—Mal día ha elegido, dice Juan.

—Malísimo, chico; parece que ese casamiento no se enaja.

—Lo mismo me parece á mí.

—Hagamos algo.

—Hagamos.

—Ya hablaremos.

—Bueno, cuando gustes.

—Hasta el martes, nos queda tiempo todavía.

Y se separaron.

Llegó el día del casamiento. Este debe efectuarse en casa de Emilia; Juan y Pedro se hallan entre los convidados, sin que Emilia lo sepa.

Llega el momento deseado. Se presenta Emilia radiante de belleza y de lujo. Cuando el sacerdote va á unir su mano á la de Carlos, se presentan Juan y Pedro ante Emilia como dos espectros vengadores. Emilia se anonada. Sus padres miran espantados aquellos dos hombres á quienes no conocen.

Juan se adelanta y dice en verso para que haga mas efecto:

¿No temes al qué dirán?

De matarle me dan ganas,

Para mitigar mi afán;

Aquí tienes á este Juan

Que has convertido en Juan Lanás.

Entonces se acerca Pedro, y por no ser ménos que Juan, dice tambien en verso:

Tu corazon es de cedro;

Nos has dejado por otro.

Mas por eso no me arrepiento.....

Aquí tienes á tu Pedro

A quien has puesto en un potro.

El prometido esposo quiere echar la zancadilla á los dos, y adelantándose en medio de todos dice:

No me importa ni una biga

Que amen á Emilia los dos;

A ser mi mujer se obliga,

Y á quién se la diere Dios,

San Pedro se la bendiga.

Lo mismo fué decir esto que Pedro y Juan se avanzan á Carlitos, y le dan de mojicones, armándose en aquella casa la de San Quintín.

Queda el padre estupefacto;

Dá á la madre un patatús,

Y sin decir tus ni más

Se queda muerta en el acto.

¿Y la niña? ¡Oh! la infeliz Emilia..... No quiero hablar de ella.

Perdió la madre que murió víctima de su coquetería; su padre la maldijo, y los novios la abandonaron. Triste y abatida pasa la vida llorando sus antiguos extravíos, y arrepentida de ellos; pero ya es tarde, ningún hombre le hace caso, y cuando se atreve á salir á la calle la señalan con el dedo.

Y me daré por contento.

Ya que Emilia está sujeta,

Si consigo que mi cuento

Pueda servir de escarmiento

A toda mujer coqueta.

CIDE HAMETE BENENGELI.

UN SONAMBULO.

En todo se progresa, lectores, tanto que antes pasaba por supersticioso y atrasado el que creía en la existencia de los *zahories*, y hoy, hasta los que blasonan de mas despreocupados admiten, como muy corriente moneda, el sonambulismo magnético.

¿Y qué eran los *zahories* en comparacion de los sonámbulos del día? Lo que uno de estos, Víctor Hugo, dice que contestó cierto militar francés en Waterloo á los ingleses que pedían la rendición de la Guardia.

Llanábase zahorí al que nacía en hora determinada del Jueves Santo, lo que le daba el privilegio de ver todo lo que estaba debajo de la tierra, con tal que no se interpusiera un paño azul, á través del cual no podían penetrar sus miradas.

Y bien, un sonámbulo vale por cincuenta zahoríes, puesto que no hay paños de ningún color que le impidan ver todo lo que aquellos veían, y ademas vé lo que sucede en los lugares mas apartados de la tierra, y no solamente lo vé, sino que lo oye todo, con la circunstancia de estar dormido cuando vé y oye tantas cosas; de donde se deduce que mas vé un sonámbulo dormido que todos los que no son sonámbulos despiertos.

Cuidado que eso de ver y oír á alguna distancia, se ha tenido siempre por cosa tan fuera del orden natural, que pasan por notabilidades entre los grandes embusteros aquellos dos personajes de Triana, uno de los cuales dijo: «desde aquí veo una pulga que está en la cabeza de la Giralda, ó por mejor decir, ya no la veo, porque acaba de caerse,» y el otro contestó: «Sí, yo he oído el golpe que ha dado en el suelo.»

Esto no se ha tomado nunca mas que como una estupenda exageracion de algun digno rival del Sr. Manolito Gazquez; pero los mismos que lo miran como una hipérbole atroz, y atribuyen á grosera preocupacion lo de los antiguos zahoríes, asisten á una sesion de magnetismo en Washington, donde una persona con los ojos cerrados, y si es menester tapándose los oídos, dice que vé al emperador de la China fumando opio, mientras oye la conversacion que tiene Mr. Thiers con el corregidor de Londres, y eso aunque

les cause algun asombro, se lo explican fácilmente.

Pero, ¿porqué no han de explicárselo, si eso es cierto?

En prueba de que eso es cierto diré que hay en esta redaccion un moro, llamado Saladino, que es tan sonámbulo como cualquiera, y que ese moro nos dió trasantes de ayer un rato delicioso con sus habilidades.

—¡Dnérmete! le dijo el que estas líneas escribe.

—Ya estoy dormido, contestó él al instante.

—¿Ves y oyes?

—Sí, veo y oigo.

—Ea, pues cuéntanos algo de lo que pasa en Madrid.

—En Madrid veo un hombre que se dirige con una escolta á la casa de campo, donde habita durante la estacion de los calores. Es el general Sickles, que vá contando á los soldados de la escolta de qué modo estuvo dias pasados para caer en manos de unos ladrones que intentaban secuestrar su persona para pedir rescate.

—Pon atencion á eso que es de mucho interés.

—Tanto la pongo, que en una casa de la capital veo remidos unos cuantos *laborantes cubanos*, que están riñendo por haber errado el golpe.—¿Cómo ha de ser? dice uno, ya inventaremos algo que sea realizable.—Sí, contesta otro; pero el caso es que, si hubiéramos podido atrapar á Mr. Sickles, á quien habríamos asesinado para los efectos consiguientes, lográbamos dos cosas: una, desacreditar á España, haciendo ver que ni aun en los alrededores de la capital habia seguridad para nadie, y otra, indisponer á esta nacion con los Estados-Unidos, que, viendo muerto á su ministro por supuestos ladrones, bramarian de coraje.—¡Ah! exclama otro; siempre por nuestra torpeza se frustran nuestras esperanzas. En 1853 se trató de asesinar por alguno de nuestros amigos al Cónsul General de los Estados-Unidos en la Habana, para crear un gran conflicto al Gobierno español, y tambien por falta de tino fracasamos en aquel admirable proyecto. Pero lo mas sensible es haber desperdiciado la ocasion, ahora que en nuestra empresa anti-española nos ayudan Diaz Quintero, Salvoechea, los redactores de *El Universal* y de *El Sufragio Universal* y otros mentecatos, ó pillos, que la echan de republicanos, no siendo mas que, ó unos estúpidos á quienes seducimos con nuestras mentiras, ó unos canallas á quienes compramos con nuestro dinero.

¿Qué os parece, lectores, lo que decía Saladino? ¿No es verdad que todo eso y mucho mas debe creerse de los *laborantes*? Pues bien, yo proseguí hablando con el sonámbulo de este modo:

—Pásate á Nueva-York, le dije.

—Ya estoy allá, me contestó.

—¿Qué ves y oyes?

—Veo á D. Tello muy obsequiado por sus antiguos camaradas; veo al ladrón Quesada que, despues de tronar con el viejo Castillo por cuestion de maravedises, pide proteccion al viejo Angarica, que está ligado con los Moras, Embil y D. Inocencio Casanova, todos los cuales buscan un barco para mandarlo á Cuba, donde le espera la suerte del Upton y del Salvador. Ahora envían á buscar á Monasterio para que sirva de práctico, en atencion á que Camacho, el isleño, pide cinco mil pesos adelantados.

—¿Y qué mas ves?

—Veo los originales de lo que se ha de publicar en el próximo número de *El Demócrata*, y en prueba de que no miento, haga V. por leer ese número, y verá como sale verdad todo lo que yo digo ahora.

—¿Y qué es lo que vá á decir *El Demócrata* en su mas próximo número?

—Vá á poner de vuelta y media al pedante Piñeiro, por haber dicho La Liga Cubana en el mensaje que dirige á Julio Favre, que Cuba permaneció *silenciosa é indolente* por espacio de cincuenta años, después que sus hermanas, las que eran colonias españolas, se constituyeron en repúblicas, lo que se supone copia piñeíra de lo que ya Piñeiro había dicho en la Revolución sobre el mismo asunto. Hay, además de un párrafo de redacción en que se rectifica el juicio piñeíro, un comunicado suscrito por un tal Rich, en que este, que se jacta de antiguo conspirador, dice que Piñeiro no conoce ni la historia de su país, puesto que ignora que Plácido, Agüero, Montes de Oca, Facciolo, Estrampes, Lopez y Piutó, murieron por haber trabajado contra España.

—Bravo, harto nos han estado esos tunantes atronando los oídos con la protesta de Plácido, hecha en estos famosos versos:

«Es preciso morir: soy inocente,
Y al borde de la tumba no se miente»

harto han declamado contra lo que llamaron asesinatos jurídicos de algunos de los otros sujetos que cita Rich, y así, es conveniente que *El Demócrata* confiese que en Cuba siempre se ha hecho justicia, que solo se ha dado muerte á los criminales, y eso.... no á todos los que lo merecían.

—Oh, dice Rich, apostrofando al nuevo director de *El Demócrata*, que es un tal Marchan: «hábleles (á los de «La Liga») del Padre Varela, de los Izaga, de los Betancourt, de los Agüeros, uno de los cuales murió con Sanchez en el patíbulo hace 44 años..... hábleles también de Roman de La Luz, que fué de época anterior: hábleles de la Cadena Eléctrica, de los Soles de Bolivia, del Aguila Negra, de las conspiraciones de 1843, 48, 52 y 54: hábleles así mismo de las comisiones á Colombia y al Perú en 1823 y 1826, &c.»

—Bien, todo eso quiere decir, que el haber traidores viene de *atras*, y que han muerto en su cama muchos que merecerían el garrote. ¿Qué mas traerá *El Demócrata*?

—Traerá otro párrafo dedicado á *La Revolución*, diciendo que no le extraña que este periódico, siendo oficial, no sostenga *polémicas*; pero si cree que debería sostener *discusiones*.

—Bien, eso prueba que Rich es tan ignorante como Piñeiro, puesto que no sabe que la discusión por escrito se llama *polémica*.

Y temiendo prolongar el sueño de Saladino, le mandé despertar, en lo que me obedeció al momento.

¿Qué ganga, lectores! Ahora, por medio del sonámbulo podremos anticiparos interesantes noticias de las cinco partes del mundo.

AMURATES.

MISCELANEA.

Habló Salvococha, de quien se dijo días atrás que se había alistado para venir á Cuba en calidad de voluntario, y habló para decir que si viniese á Cuba, no sería para combatir en favor, sino en contra de su patria.

Conque, voto á Belecobá,
Segun lo esperaba yo,
Ya está probado que habló
Salvococha, y dijo: ¡Má!

Entre tanto, el tristemente famoso Diaz Quintero parece que quiere acudir á los tribunales en queja de las verdades que le

hemos dicho, tanto el Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas como los demas voluntarios españoles de Cuba.

Miren ustedes que si Diaz Quintero, después de calumniarnos al afirmar falsamente que habíamos fusilado á hombres absueltos por los tribunales, y de injuriarnos groseramente cuando dijo que éramos la deshonra de la nación, se atreve á parodiar el *Noli me tangere*; vá á ser preciso responderle:

¿El tocarte, desdichado,
Por blasfemia tomarás?
Corriente, pierde cuidado:
No te tocaremos mas.
Puesto que *ya estás loco*.

Una cosa me consuela en la determinación de Diaz Quintero. Yo creí que ese diputado y otros de su cuerda, se ponían voluntariamente fuera de la ley, al proclamarse francamente filibusteros, y como les veo acudir á los tribunales, tengo que reconocer que aman la ley todavía. Sin embargo, ¿podremos averiguar enál es la ley de los calumniadores que se querellan, cuando se reclaman con enérgica dignidad sus calumnias?

Querrá la ley, no lo dudo
La democrática grey:
Mas ¡vaya al diablo esa ley!
Porque es la Ley del Embudo.

Segun las relaciones, de origen francés, que siguen publicándose, de las batallas que han tenido lugar hasta principios de este mes, no hay una en que no hayan salido los *prusos* perdiendo mas que los franceses. Hasta en Sedan, donde se entregaron ciento veinte y dos mil de estos, fueron batidos los otros. Respecto de Bazain, no queda la menor duda de que siempre ha salido victorioso, y por eso se halla encerrado en Metz. De modo que se puede decir de los gamanciosos, lo que dijo el gran epigramista Salas de aquellos dos nadadores que apostaron á ver quien estaba mas tiempo debajo del agua, habiéndose aliado en la prueba uno de ellos.

«A estar debajo del agua
Ganó el difunto la apuesta;
Pero también la ganó
A estar debajo de tierra.»

No estamos por los *prusos* contra los franceses, ni vice-versa; pero, sí, estamos contra las declamaciones vacías de sentido, y por tales tenemos las de Victor Hugo y otros compatriotas suyos que piden para París privilegios extraños.

Nosotros quisiéramos que no se disparase un solo cañon contra la capital de Francia; pero tenemos razon para preguntar: ¿habrían los franceses respetado á Berlin si la suerte les hubiera favorecido hasta el punto de permitirles poner sitio á la capital de Prusia? Verdad es que Victor Hugo llama á París *la capital de la civilización*; pero ya va siendo hora de que las naciones europeas protesten contra esa falsa idea. Por lo demas, conste que nuestro deseo sería ver terminada la presente guerra sin desdoro de la Prusia ni de la Francia.

Nuestros lectores tienen ya conocimiento

de la carta encontrada á bordo del *Salvador*, en la cual uno de los piratas dice que los españoles somos muy *brutos*, y que en su opinión, hemos llegado á tenerles *miedo*.

Lo cierto es que los piratas, creyéndose sábios, vienen á morir fusilados, y á poner á nuestra disposición los pertrechos y armas con que pensaban combatirnos, y también es verdad que los soldados de Simancas se fueron á *nado* á tomar el *Salvador*, que habían abandonado de prisa y corriendo los que se tienen por valientes *libertadores*.

Conque, si somos tan brutos,
Y el miedo nos dá zozobra:
¿Qué diremos de esos *línces*
Y *bracos* de nueva estofa.
Que, además de regalarnos
Buques, armas y otras cosas.
Vienen á sufrir la muerte,
O á correr como las zorras?

¡Ah, pobres filibusteros! digo yo, al verles perder su última esperanza, pues hasta el nombre de *Salvador* que dieron al buque en que vinieron prueba que solo de él esperaban ya su imposible salvación. ¿No veis que estais condenados á no levantar cabeza? Reflexionad un poco, y desistireis de vuestro empeño temerario de llegar á la gloria,

Porque, tenedlo entendido:
Tal es ya vuestro rigor,
Que al tomar vuestro partido,
Salvarse no ha conseguido
Ni aun el mismo *Salvador*.

¿*El Salvador*! ¿No llevaba ese nombre cierto Colegio de triste memoria? Vamos, sí; ya sabemos porque los piratas bautizaron con ese nombre su último buque. ¿Era un *Colegio* donde venian embarcados!

Por eso los chapuceros,
Causarnos quisieron males,
Tomando medidas tales,
Que hasta en lo *filibusteros*
Mostraron ser *colegiales*.

La oficialidad del Batallon 5º movilizado de la Habana, dará una gran función lírico-dramática el Domingo 2 de Octubre, á favor de las viudas, huérfanos é inutilizados que resultaron de la campaña de dicho cuerpo, á cuya fiesta serán invitadas todas las corporaciones y clases de nuestra buena sociedad.

El gran teatro se hallará decorado é iluminado exterior é interiormente. Se ha acordado no hacer alteración de precios: los excesos que recibiere la Comisión se publicarán oportunamente.

Al Sr. voluntario de la 1ª del 7º que dió las anteriores exactas soluciones, su compañero de armas le dedica la presente

Charada.

Mi *primera* con ache lo es tu cara,
Lo mismo que *segunda* con *penúltimo*:
La *segunda*, *tercera* y á mas *última*
Enfermedad endémica muy rara.
La *cuarta* por si sola dá un pronombre
Del español en su castiza lengua:
Y de un farsante que de España en mengua
Laborante es y *fué*, mi todo es nombre.

FRANCISCO DE P. ROCA.

IMPRESA Y LIBRERIA «EL IRIS» ORISPO NÚMS. 20 Y 22.